

En Suárez Tomé, Danila, Belli, Laura F. y Mileo, Agostina, *Epistemología feminista. buenos aires (Argentina): eudeba.*

¿Qué es la epistemología feminista?.

Danila Suárez Tomé, Leandro Giri y Lucía Federico.

Cita:

Danila Suárez Tomé, Leandro Giri y Lucía Federico (2024). *¿Qué es la epistemología feminista?.* En Suárez Tomé, Danila, Belli, Laura F. y Mileo, Agostina *Epistemología feminista. buenos aires (Argentina): eudeba.*

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/danila.suarez.tome/89>

ARK: <https://n2t.net/ark:/13683/pkht/2HE>



Esta obra está bajo una licencia de Creative Commons.
Para ver una copia de esta licencia, visite
<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/deed.es>.

Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite:
<https://www.aacademica.org>.

CAPÍTULO I

¿Qué es la epistemología feminista?

Danila Suárez Tomé, Lucía Federico y Leandro Giri

Para comenzar nuestro recorrido, corresponde fijar como punto de partida lo más obvio: qué entendemos por “epistemología feminista”, en tanto campo de estudio dedicado al cruce entre la ciencia y el género. Lo primero que nos atañe hacer dentro de esta tarea es definir de qué hablamos cuando hablamos de “epistemología”. El primer problema a la hora de caracterizar “epistemología” es que la palabra tiene al menos dos acepciones diferentes.

La primera es la de una teoría general sobre el conocimiento o “gnoseología”. Este es el sentido que tiene el término “epistemology” en inglés, un sentido que considera al conocimiento de manera amplia y que indaga, desde una mirada filosófica por su naturaleza, cómo es posible que lleguemos a conocer y otras preguntas del estilo. Desde esta mirada, a la epistemología le importa *todo el conocimiento*, incluyendo el intuitivo, el de sentido común, el práctico, etc.

La segunda acepción, más restringida, es la de una teoría sobre el conocimiento científico. Este es el sentido que tiene el término “épistémologie” en francés, pero que equivale al inglés “philosophy of science”. Aquí, el foco no está puesto en el conocimiento en general, sino en el *conocimiento producido por la ciencia*. Se supone (y profundizaremos en esta cuestión a lo largo de las páginas de este manual) que los estándares metodológicos utilizados por la comunidad científica para construir conocimiento –y cierta objetividad que se aprende durante los años de enseñanza universitaria– le confieren a la ciencia un estatus superior al de otras formas de conocer de los seres humanos y, por eso, requiere una disciplina especial y específica para su análisis.

En resumidas cuentas, y a fin de desambiguar ambos conceptos, diremos que “epistemología” en español remite, en el sentido amplio, a “gnoseología” y, en el sentido restringido, a “filosofía de la ciencia”. Sin embargo, no podemos asegurar que estos términos se utilicen de este modo en todo momento, con lo cual tendremos que prestar atención al contexto en el que se usan para no confundir ambas disciplinas filosóficas que, aunque parecidas, no son iguales. En nuestro manual, nos ocuparemos por momentos de ambas, lo que nos demanda una cierta claridad en este respecto. No obstante, la mayor parte

de los capítulos se encuentran dedicados a la filosofía de la ciencia feminista, en tanto ella constituye la mayor parte de la producción dentro de la epistemología feminista.

Si bien el término "epistemología" puede referirse al estudio de la producción de conocimiento en general, la epistemología feminista se dedica, sobre todo, al análisis del conocimiento científico.

ANTECEDENTES DE LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA

Si entendemos la filosofía de la ciencia como una reflexión acerca de lo que hoy consideramos conocimiento científico, su historia se remonta a la antigua Grecia. Allí podemos encontrar tratados sobre las matemáticas de Platón o reflexiones sobre lógica y argumentación de Aristóteles que se parecen mucho, en carácter y en forma, al tipo de análisis que se realiza en la filosofía de la ciencia actual. Claro que en la Grecia de los siglos V o IV a.e.c. el concepto de ciencia no existía, aunque consideramos que el término "*episteme*" (conocimiento verdadero y justificado sobre el mundo) significaba algo bastante análogo a nuestra concepción actual de ciencia. Tampoco había una separación estricta entre la teoría general del conocimiento y la teoría sobre la *episteme*, ni tampoco demasiado orden entre las subdisciplinas. Toda reflexión más o menos sistemática era considerada filosofía: se filosofaba sobre la vida, el amor, las matemáticas, la justicia, la moral y todo se hacía sin trazar demasiadas separaciones. Hoy en día tenemos claro dónde se estudian ciencias y dónde filosofía, mientras que en aquel momento el saber era continuo. Así y todo, corresponde reconocer estas obras como valiosos antecedentes de la filosofía de la ciencia, pero sin caer en anacronismos.

Bajo las mismas premisas ya mencionadas, pueden destacarse otros precursores en las obras modernas de Galileo Galilei, Francis Bacon, René Descartes, Immanuel Kant, Auguste Comte y otros. La historia oficial no abunda en nombres femeninos dentro de quienes teorizaron y dieron forma a nuestra concepción contemporánea de la ciencia, y esto no debe perderse de vista a lo largo de las páginas de este libro.

CONSTITUCIÓN DE LA FILOSOFÍA DE LA CIENCIA COMO DISCIPLINA

Para acelerar esta historia, vamos a viajar directamente a la Austria de fines del siglo XIX, donde el físico Ernst Mach creó en la Universidad de

Viena la primera cátedra específica de filosofía de la ciencia del mundo. Las problemáticas que abordó Mach en sus clases ya tenían el recorte que tienen actualmente las discusiones de la disciplina. Alrededor de esta cátedra, luego de la Primera Guerra Mundial, se nucleó un grupo de intelectuales a discutir y desarrollar los puntos centrales de esta nueva filosofía de la ciencia. Hacia fines de la década del 20 este grupo tomó el nombre de Círculo de Viena, y al movimiento filosófico que originaron se lo conoce como "empirismo lógico". También por esta época se encontraba en Viena Karl Popper, creador de otro movimiento filosófico de importancia en la filosofía de las ciencias: el racionalismo crítico. Ambos movimientos, aunque antagónicos, compartían una serie de acuerdos, entre los cuales destacamos:

1. La importancia de la ciencia como el saber más trascendente de la civilización contemporánea.
2. La importancia de filtrar de la ciencia todo esfuerzo de impurezas pseudocientíficas.
3. La importancia de la reflexión en filosofía de la ciencia y la predica de la racionalidad científica como proyecto político.¹

A lo largo de su historia, la filosofía de la ciencia se ha ocupado de intentar establecer criterios de demarcación: qué es ciencia y qué no. En sus comienzos, se consideraba que solo estaba constituida por observaciones empíricas. Hoy, la idea de ciencia incluye también valores políticos y subjetivos.

Luego de la anexión nacionalsocialista de Austria, gran parte de estos intelectuales se exiliaron y continuaron desarrollando sus actividades en distintas partes del mundo: los empiristas lógicos lo hicieron sobre todo en los Estados Unidos (donde su inclinación política de izquierda los hizo blanco fácil de la persecución macartista de la década del 50), mientras que el racionalismo crítico floreció especialmente en Inglaterra.

El período llamado "clásico" de la epistemología del siglo XX, conformado particularmente por estas dos escuelas, pierde su esplendor en 1962, año en el que el físico devenido historiador y filósofo Thomas Kuhn publica *La estructura de las revoluciones científicas*. Dicha obra tuvo el mérito de integrar en los estudios epistemológicos a la historia, la sociología y la psicología, en

1. Es curioso que, a pesar de esta tercera coincidencia, la inclinación política de los empiristas lógicos fuese de izquierda, mientras que la filosofía popperiana se constituyó en la base de buena parte del pensamiento de la derecha liberal del siglo XX.

detrimento de los métodos basados en el análisis lógico del lenguaje de sus antecesores. De allí que a este nuevo periodo en la filosofía de la ciencia se lo llame “historicista”. La irrupción de estas miradas, pero sobre todo la de la sociología, en el campo de estudios de la filosofía trajo como resultado, muy a pesar del propio Kuhn, una mirada mucho menos sacralizada de la ciencia. Los valores no epistémicos (es decir, los ideológicos, políticos, económicos e incluso religiosos) pasaron a ser tenidos en cuenta en el análisis de la producción del conocimiento científico y se comenzó a dudar seriamente de la idea del progreso científico como evidente y ubicuo, algo de lo que rara vez se dudaba en el periodo anterior. A esta cosmovisión más abarcativa, que trasciende la propuesta del propio Kuhn y se vuelve de máxima importancia, se la denomina “posempirismo”. Tengamos en cuenta que esta etiqueta se corresponde con varios movimientos en filosofía de la ciencia, que, sin estar de acuerdo en un todo, al menos ponen en duda la mirada positivista de sus predecesores –es decir, aquella que considera a la ciencia como el único conocimiento válido en pos del progreso humano–.

Podemos aquí deslizar la hipótesis de que el contexto intelectual que surge con el posempirismo constituyó el caldo de cultivo para que la epistemología feminista surgiera como subdisciplina filosófica. Dado que la visión sociológica de la ciencia señaló con claridad que la ideología era muy capaz de penetrar en las instituciones y darles forma a sus productos, y que las instituciones científicas no eran una excepción a esto, el corolario fue notar que, entre otros valores no epistémicos que impregnaban el quehacer científico, los había patriarcales. Así pues, una mirada feminista de la epistemología resultó mandatoria, en un contexto –hacia finales de la década de 1960– en donde el activismo feminista ya ganaba masa crítica y la teoría feminista se encontraba en proceso de constitución.

LA CONSTRUCCIÓN DE UNA IDEA MASCULINISTA DE CIENCIA

Para comprender la necesidad de la emergencia de una epistemología feminista es importante saber que tradicionalmente se ha buscado expulsar de la producción de conocimiento todo aquello considerado como femenino –lo particular, lo emocional y lo subjetivo, entre otros atributos considerados nocivos para el desarrollo de la “buena” ciencia–. De modo paralelo, la teoría ha caracterizado a la mujer como un ser irracional y dominado por las pasiones, lo que dificulta que pueda ser candidata al rol de sujeto de ciencia. Aparentemente, las capacidades de racionalidad, abstracción y universalización –clásicamente asociadas con la producción de conocimiento científico– no le pertenecen “por naturaleza” a las mujeres, con lo cual “naturalmente” las

mujeres tampoco son aptas para producir ningún tipo de conocimiento válido. Así es como se les ha negado históricamente agencia epistémica, precisamente por los esfuerzos que se hicieron desde todas las áreas del saber para justificar su inferioridad natural en relación con los varones. Si bien estos prejuicios tienen hondas raíces en la historia antigua del pensamiento occidental, operaron también en los albores de la ciencia moderna, dando forma a la nueva ciencia –supuestamente liberada de prejuicios antiguos– y ejerciendo su poder en la práctica científica.

Francis Bacon fue quien estableció las reglas del método experimental en ciencias en su *Novum Organum* (1620). Allí, el filósofo inglés sostuvo que, tanto a través de la ciencia como de la técnica, el ser humano era capaz de ejercer su dominio sobre la naturaleza. Con lo cual, la aproximación de la ciencia a la naturaleza no era de una mera observación pasiva, sino que demandaba una actitud tanto activa como agresiva. Bacon sostenía que había que “arrancarle a la naturaleza sus secretos”, y que si la naturaleza se negaba, había que “perseguirla hasta la recámara y violentarla si era necesario”, para extraer su verdad. Para ello, era indispensable tener una “mente masculina”, la cual es capaz de penetrar los secretos de la naturaleza, entendida tradicionalmente como femenina (Bacon, 2013).

En la visión tradicional, las ciencias están asociadas a valores como la objetividad y la neutralidad. Culturalmente, lo femenino está asociado con lo subjetivo y lo emocional. Por lo tanto, en los orígenes de la ciencia moderna no se consideraba que las mujeres fueran aptas para producir conocimiento científico.

La idea del pensamiento científico se oponía explícitamente a un saber que tuviera algo que ver con las marcas de la corporalidad y, no obstante, trasladaba estas marcas de modo solapado a sus metáforas constitutivas. El saber era mental. Y aunque la mente –instrumento capaz de penetrar el secreto de la naturaleza y transformarlo en conocimiento– supuestamente no tenía sexo –dado que el sexo es una marca de la corporalidad–, no obstante, era representada como masculina. Esta representación no es meramente accidental en la conformación de la idea de ciencia, sino esencial, tal y como han sabido mostrar epistemólogas feministas como Evelyn Fox Keller (1989) y Sandra Harding (1996). La ciencia es prefigurada en sus inicios como una actividad exclusivamente masculina.

La idea del pensamiento científico también se conformó en sus orígenes como abstraída de cualquier tipo de marca contextual (histórica, geográfica,

cultural), aunque en concreto no lo estuviera. Galileo Galilei sostuvo a comienzos del 1600 que la ciencia tenía que descifrar la estructura matemática del mundo. Él decía que el mundo es como un libro escrito en caracteres matemáticos, con lo cual lo que tiene que hacer la persona de ciencia es encontrar la fórmula que expresa de modo adecuado eso que el mundo “dice”. De acuerdo con Galileo, entonces, los hechos de la naturaleza pueden ser explicados y caracterizados en términos cuantitativos, de modo exhaustivo, según el orden de sus estructuras, procesos y leyes subyacentes. Este orden subyacente, sostenía, existe con independencia ontológica de la percepción y acción humanas, y no varía de acuerdo con los presupuestos y valores subjetivos de quien investiga (Galilei, 1957). Lo que debe hacer la persona de ciencia, por lo tanto, es abstraerse de su subjetividad y contextualidad para poder dar cuenta de la naturaleza de la manera más clara posible. En ese sentido, el conocimiento no depende de quién sea la persona que hace ciencia, sino de la correcta aplicación de un método que pueda otorgarnos un conocimiento neutral y objetivo.

Ahora bien, como dijimos al comienzo de este apartado, la tradición occidental no ha considerado a la mujer capaz de evadirse de su corporalidad, sus pasiones, sus emociones y su subjetividad. Con lo cual, los prejuicios asociados a la naturaleza femenina impidieron que las mujeres pudieran ser consideradas sujetos epistémicos capaces de producir conocimiento bajo las coordenadas establecidas por la ciencia moderna. De este modo, la ciencia se configuró como una actividad masculina, y el sujeto de ciencia fue definido de modo tal que solo podía ser encarnado por un varón. Y no por cualquier varón, sino solamente por aquellos varones que representaban la masculinidad normativa.² Esta realidad atenta contra las propias premisas universalistas de la ciencia. Así, vemos que existen claras contradicciones entre lo que la ciencia *dice que hace* y lo que la ciencia *realmente hace*. Es en este intersticio en donde las epistemologías posempiristas –como la epistemología feminista, pero también de la raza, descolonial, entre otras– van a introducir su crítica.

2. Ideal de masculinidad que rige la socialización de aquellas personas a las que se les asigna el género “varón” al momento del nacimiento. Este ideal es rígido, basado en estereotipos de género y tiende a sostener la reproducción del sistema jerarquizado de género. Los varones que no cumplen con este ideal (varones trans, varones racializados, varones indígenas) se encuentran en relación de subalternidad con aquellos varones que sí lo hacen dentro del propio dispositivo de producción social de masculinidad. En este sentido, los varones cis, heterosexuales, blancos, propietarios, entre otras características de grupos socialmente dominantes, tienden a representar el ideal de masculinidad normativa en su máximo esplendor y dan forma al arquetipo del varón que el androcentrismo tiene en su seno.

SURGIMIENTO DE LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA

Frente a la masculinización de la ciencia, emerge la epistemología feminista como una reflexión políticamente motivada sobre la producción de conocimiento como proceso (sus metodologías, valores, modos de funcionamiento) y como producto (teorías científicas). La epistemología feminista surge dentro del marco de las epistemologías posempiristas para relevar la importancia del sexo/género en la ciencia. Se constituye como un campo de estudio en donde confluyen diversas propuestas teóricas que discuten entre sí, siendo el empirismo feminista y las teorías del punto de vista feminista (abordadas en los Capítulos 2 y 3, respectivamente) las más importantes. También se trata de un campo de investigación que involucra la coalición de distintas disciplinas aparte de la filosofía, como la historia y la sociología de las ciencias, las ciencias de la vida y de la salud, entre otras.

Más allá de su variedad interna, la epistemología feminista como campo de saber presenta ciertas características unificadoras. En primer lugar, la idea de que todo conocimiento es conocimiento situado:

Las epistemólogas feministas, en consonancia con muchas otras corrientes de la epistemología contemporánea, ya no consideran el conocimiento como el reflejo transparente y neutral de una realidad que existe de manera independiente, ni creen que la verdad y la falsedad son establecidas por procedimientos de escrutinio racional trascendentales. Al contrario, la mayoría acepta que toda forma de conocimiento es conocimiento situacional, que refleja la posición del productor de conocimiento en un determinado momento histórico, y en un contexto material y cultural dado (Longino y Lennon, 1997: 37).

Frente a la falsa neutralidad de la mirada de la ciencia moderna, las epistemólogas feministas proponen explicitar la situacionalidad de la mirada que produce conocimiento. Ningún conocimiento se encuentra desligado de su contexto de producción y enunciación, y esto es algo característico de la realidad humana que no debemos ocultar si nos interesa producir conocimiento científico (en los Capítulos 4 y 5 nos ocupamos en profundidad de este tema).

En segundo lugar, es central dentro de la epistemología feminista la idea de que la legitimación del conocimiento depende, en última instancia, de relaciones de poder, y no únicamente de su adecuación empírica. La ciencia es una empresa humana y, por lo tanto, no se encuentra aislada de las dinámicas sociales de poder que hacen a nuestras culturas. Una de esas dinámicas de poder está formateada por el sistema jerarquizado de género que tematizamos en la introducción a este libro. El sistema jerarquizado de género se vuelve productivo dentro de la ciencia, por lo que sesga tanto su actividad como sus

productos. Una ciencia que se inserta en un contexto social estructurado por relaciones de poder patriarcales, y que no reflexiona en torno a este hecho, es una ciencia condenada a reproducir el orden jerárquico de la sexualidad y a producir conocimiento sesgado.

Así llegamos a la tercera característica central de la epistemología feminista: la denuncia de un sesgo sexista y androcéntrico en la producción de conocimiento científico. El término “sesgo” hace referencia a la existencia de un error sistemático en el procesamiento mental de información, que lleva a una distorsión o interpretación inexacta de la información disponible. Cuando hablamos de sesgo androcéntrico estamos refiriéndonos particularmente a un modelo de construcción de conocimiento que equipara la mirada masculina con la idea de universal. De acuerdo con Juana Robledo Martín (2010), existe una triple dimensión en la que se manifiesta el sesgo androcéntrico en ciencias:

1. El sesgo del investigador: la persona que investiga selecciona qué va a investigar y qué informantes tomará para ello.
2. El sesgo de la realidad observada: siendo más evidente cuando se analizan realidades muy segregadas sexualmente.
3. El sesgo de las categorías: conceptos y planteamientos teóricos de la investigación, que no solo llevan a formular unos determinados problemas, sino también a interpretar los datos que obtenemos y, por lo tanto, a percibir la realidad observada de una forma determinada.

Este sesgo androcéntrico es un producto directo del sexism inherente a la práctica científica desde sus orígenes y hasta la actualidad. Una práctica científica sexista que no solo excluye a las mujeres de su ideal, sino que también produce las mismas teorías que justifican esa exclusión. Como podemos ver, el problema del sexism en la ciencia constituye un círculo vicioso que las epistemólogas y científicas feministas han tenido que cortar por su centro.

De acuerdo con la sistematización de Evelyn Fox Keller (1989), la epistemología feminista ha denunciado:

1. Que las teorías consideradas universales no han tenido en cuenta las experiencias de las mujeres y otras subjetividades volviéndose, por lo tanto, particulares y empíricamente inadecuadas.
2. Que las teorías científicas se construyeron en vistas a legitimar diferencias de género y reforzar, consecuentemente, las relaciones de dominación dentro del sistema jerarquizado de género.
3. Que incluso el orden simbólico (relatos, imágenes, metáforas) mediante el cual se expresa el conocimiento científico privilegia el punto de vista masculino.

Para muchas personas de ciencia, el lenguaje científico representa literalmente la realidad de la naturaleza (recordemos las máximas de Galileo Galilei). Es precisamente esta literalidad la que diferenciaría el lenguaje de la ciencia del de la literatura y la que lo defiende de vaguedades e imprecisiones del lenguaje ordinario. Sin embargo, el lenguaje científico recurre a las metáforas e imágenes más de lo deseable y, dentro de estos recursos, las metáforas sexuales no son pocas ni menores. Es más, como vimos, son propias del surgimiento de la ciencia moderna, y de la metaciencia, ya que definen también la relación de la mente con el mundo, de la ciencia con la naturaleza, en términos sexuales. A veces, esto se hace de manera sutil, como cuando se llama “duras” a las ciencias supuestamente más objetivas, por oposición a las “blandas”. Estos adjetivos, si bien no son explícitamente sexuales, sí tienen una carga cultural generizada que se traslada a las ciencias mismas, volviendo a algunas más masculinas (por ejemplo, las exactas), y a otras más femeninas (por ejemplo, las sociales). Las metáforas, como vemos, rompen la ilusión de la mente científica como espejo de la naturaleza. Cuando las metáforas tienen connotaciones sexuales, se filtra en la aparente neutralidad de la ciencia, a través de diversos períodos, una persistente ideología patriarcal.

Las epistemologías feministas señalan que un conocimiento que no tiene en cuenta a gran parte de la humanidad no solo es empíricamente inadecuado, sino que también falla en cumplir la misión ulterior de la ciencia: producir conocimiento que contribuya a la emancipación y mejora de la calidad de vida.

APORTES DE LA EPISTEMOLOGÍA FEMINISTA

Hasta aquí hemos visto un conjunto de diagnósticos y denuncias que se realizaron desde el feminismo enfocado en la producción de conocimiento. En un sentido afirmativo, y siguiendo a Fox Keller (1989), la epistemología feminista:

1. Sacó a la luz que el género juega un rol relevante en nuestras concepciones sobre el conocimiento, su producción y su validación.
2. Amplió nuestra comprensión de la historia, la filosofía y la sociología de la ciencia mediante la inclusión no solo de mujeres en la producción de conocimiento, sino también de aquellos dominios de la experiencia humana que han sido relegados a lo femenino: el personal, el emocional y el sexual.

Como sostiene Sandra Harding (1998), para que un fenómeno social se convierta en un problema digno de indagación, debe existir un grupo de

personas que lo reconozca como tal. Pero las comunidades de producción de conocimiento han estado históricamente compuestas por varones y, por lo tanto, se han concentrado sobre los dominios tradicionalmente masculinizados. Con lo cual, muchos de los fenómenos sociales que resultan problemáticos desde la perspectiva de la experiencia de las mujeres y de otros grupos subalternados no han sido fuente de interés para la investigación. La epistemología feminista buscó no solo incluir a estas identidades en la práctica de la ciencia, sino también asignarles un valor epistémico a sus experiencias y a los ámbitos de lo humano que no habían sido considerados dignos de reflexión.

La categoría de experiencia tiene un lugar fundamental en los feminismos y también en su teoría. Su importancia guarda una relación directa con uno de los pilares del movimiento: el lema “lo personal es político”. Este lema expresa que lo político no se reduce al dominio de lo público (entendido como el lugar en donde se hace “la política”), sino que también en el seno de lo privado, en el terreno de lo doméstico, de lo corporal, de lo afectivo y de lo sexual existen dinámicas de poder. Este terreno había sido ajeno al interés científico hasta que las científicas y epistemólogas comprometidas con el movimiento feminista emprendieron la despatriarcalización de la actividad científica –proceso que todavía sigue en marcha–.

Ahora bien, la entrada del feminismo en los espacios de producción de conocimiento no fue únicamente para sumarse llenando “huecos femeninos” en vistas a subsanar los problemas del proyecto científico moderno y patriarcal. Sino que, más bien, el feminismo supo que se necesitaba una revolución epistémica en los modos de producir conocimiento y en los valores que rigen la actividad científica. Como sostiene Catalina Trebisacce:

Los estudios de género no ingresaron prolíjamente a la academia sino a los empujones. Nacieron, como sostiene Haraway, con la inocencia epistémica perdida. Conocieron desde un inicio las relaciones de poder que se cruzan, producen y sostienen al conocimiento científico. Las investigaciones con perspectiva feminista se supieron siempre hijas no deseadas de dicho conocimiento, y comprendieron también que su exclusión había sido fundamental para la construcción de la ciencia tal y como existía hasta entonces (Trebisacce, 2016: 290).

De acuerdo con Trebisacce, la incorporación de la experiencia fue una de las primeras subversiones feministas dentro de la academia, “invención contaminada que se sabe, siempre y por definición, inaprensible”, como un concepto de interés epistémico, frente al experimento, “fetiche de la construcción del conocimiento de la ciencia neutral”. A través de la incorporación de la experiencia como dominio de interés epistémico, es como la vivencia de la opresión sexista consiguió tener una voz dentro de los espacios de producción del saber.

Al mostrar que la supuesta neutralidad de las ciencias no es tal y que siempre han reflejado el punto de vista masculino, las epistemólogas feministas pusieron en valor la contextualidad de la producción de conocimiento y la reivindicaron, al afirmar que la diversidad de situaciones enriquece la ciencia.

CONCLUSIÓN

Para sistematizar cuál ha sido la actitud del feminismo con la ciencia desde el campo de saber de la epistemología feminista, podemos diagramar una doble relación. Por una parte, una relación constructiva a partir de la cual la epistemología feminista sostiene la convicción de que la ciencia es una fuente imprescindible para comprender las condiciones de la opresión sexista y que, por lo tanto, es fundamental la generación de programas de investigación feministas en todas las áreas de la ciencia. Por otra parte, una relación crítica a partir de la cual se señalan los sesgos androcéntricos y sexistas en la ciencia como actividad y como producto, y se generan revisiones teóricas feministas de los valores epistémicos basales de la ciencia moderna (objetividad, neutralidad, imparcialidad), las condiciones en las cuales la producción científica genera evidencia y el papel de orientación hermenéutica que desempeñan los valores no epistémicos (a menudo, no reconocidos) en la producción de conocimiento. Veremos esto con más detalle en los capítulos que siguen.

CLAVES DE LECTURA PARA ESTE CAPÍTULO

- La palabra epistemología puede referirse a dos cuestiones: el estudio de la producción de conocimiento en general o el de la producción científica. En el segundo caso, también adopta el nombre de filosofía de la ciencia y este será el enfoque central del manual al referirnos a la epistemología feminista.
- La filosofía de la ciencia, tal como la conocemos hoy, surgió a principios del siglo XX. En sus comienzos, consideraba que, para que algo sea ciencia, solo debía estar compuesto de afirmaciones empíricas. Luego de la publicación de *La estructura de las revoluciones científicas* de Thomas Kuhn, se empezaron a sopesar factores subjetivos y políticos como parte de la producción científica.
- La epistemología feminista trajo tres propuestas innovadoras a este campo: (i) que no deben ocultarse las particularidades de las miradas que producen conocimiento; (ii) que no solo la adecuación empírica genera validación, sino que las estructuras de poder también se reflejan en las

- ciencias; y (iii) que existe un sesgo androcéntrico y sexista que distorsiona la interpretación de la información, y reproduce las representaciones de los roles sociales asignados a los sexos.
- Los aportes principales de la epistemología feminista son: haber demostrado que el género es importante a la hora de definir qué consideramos conocimiento científico y qué no, así como para determinar sus condiciones de producción y validación e incorporar valores como lo personal, lo emocional y lo sexual a los estudios sobre ciencia, de manera tal que se complejice y amplíe el análisis.
 - La epistemología feminista no es un área de estudio que acontece por la progresión de los estudios en filosofía de la ciencia, sino una ruptura surgida de necesidades políticas del movimiento feminista.

PARA SEGUIR LEYENDO

- Bach, Ana María. *Las voces de la experiencia. El viraje de la filosofía feminista*, Biblos, 2010.
- Blázquez Graf, Norma. *El Retorno de las Brujas. Incorporación, Aportaciones y Críticas de las Mujeres a la Ciencia*, CEICH-UNAM, 2008.
- García Dauder, Silvia y Eulalia Pérez Sedeño. *Las “mentiras” científicas sobre las mujeres*, Los Libros de La Catarata, 2019.
- Maffía, Diana. “Contra las dicotomías. Feminismo y epistemología crítica” en Korol, Claudia (Comp.): *Feminismos populares. Pedagogías y Políticas*, Chirimbote/América Libre/El Colectivo/Pañuelos en Rebeldía, 2016.
- Saini, Angela. *Inferior: Cómo la ciencia equivocó a las mujeres y la nueva investigación que reescribe la historia*, Círculo de Tiza, 2017.
- Schiebinger, Londa. *La mente no tiene sexo*, Cátedra, 2004.

REFERENCIAS

- Bacon, F. *Novum Organum*, Losada, 2013.
- Fox Keller, E. *Reflexiones sobre ciencia y género*, Edicions Alfons el Magnànim, 1989.
- Galilei, G. *Discoveries and Opinions of Galileo*, Doubleday, 1957.
- Harding, S. *Ciencia y Feminismo*, Morata, 1996.
- Longino, H. E. y K. Lennon. “Feminist Epistemology as Local Epistemology”, *Proceedings of the Aristotelian Society*, Supplementary no. 71, 1997.
- Robledo Martín, J. “El sesgo androcéntrico en la investigación”, *Nure Investigación*, n.º 49, 2010.
- Trebisacce, C. “Una historia crítica del concepto de experiencia de la epistemología feminista”, *Cinta moebio*, n.º 57, 2016.

CAPÍTULO 2

Empirismos feministas

Federico Bernabé y Leandro Giri

El campo de la epistemología feminista está ocupado por diversas propuestas teóricas que contrastan entre sí. Una de ellas es el empirismo feminista, el cual es tema de este segundo capítulo. En nuestro recorrido por el empirismo feminista, corresponde empezar estableciendo que no se trata de una “escuela” de pensamiento, sino más bien de una serie de corrientes cuyo principio común es el reconocimiento de los siguientes puntos:

1. El valor de la ciencia como forma superior, pero no perfecta ni acabada, de conocimiento del mundo que nos rodea.
2. La imposibilidad de eliminar los valores epistémicos y no epistémicos de la actividad científica, dado que los sujetos de conocimiento no son ajenos a su situación social e histórica.
3. El carácter social y colectivo del sujeto de conocimiento (la comunidad científica) frente al ideal de científico individual y desinteresado.
4. El rol fundamental que la ciencia tiene –y ha tenido– en el mantenimiento y la justificación de la opresión hacia las feminidades, las personas racializadas y otras identidades subalternadas, así como su potencialidad efectiva de servir contra el estatus quo opresivo.

Es necesario notar que los puntos 1, 2 y 3 son tesis epistemológicas, mientras que el punto 4 es una tesis histórica y política. Retomando lo que vimos en el capítulo anterior, es claro que la primera es una tesis cercana a las posiciones del empirismo lógico o el racionalismo crítico, mientras que la segunda y la tercera están influenciadas por la filosofía de la ciencia pos-empirista. Podríamos decir que el empirismo feminista sostiene un “espíritu clásico”, pero asume las consecuencias de los desarrollos poskuhnianos.